

GRATITUD DE LA IGLESIA CUBANA **CON LOS ADULTOS MAYORES**

Disertación de Mons. José Feliz Pérez en el Primer Congreso del Programa Tercera Edad de Cáritas cubana, celebrado en noviembre de 2007.

Mis primeros 10 años de vida sacerdotal transcurrieron en la década de los 70, en ambiente provinciano y, para mayor precisión, rural. Después de los embates que tuvo que afrontar la Iglesia en los años 60 y cuyas consecuencias, entre otras, fue el desmantelamiento de sus estructuras y la dramática reducción de los agentes de pastoral, a lo que se añadía el clima de miedo, impuesto o inducido, para la profesión y práctica de la fe, asumí la responsabilidad de atender pastoralmente a tres parroquias y dos capillas.

En ellas encontré lo que en aquel momento era la constatación universal de toda la Iglesia cubana: que las personas que me acogieron, me acompañaron y me ayudaron, con una generosidad y entrega probadas, eran en casi su totalidad personas mayores. Dos terceras partes de la composición de aquellas comunidades eran personas que pasaban de los 60 años y su conducta y compromiso evidenciaban una fe firme y un profundo amor a la Iglesia.

Muchas de estas personas, hombres y mujeres, eran las que habían conservado las llaves de los templos, quienes entre sospechas, y soportando sutiles o declaradas amenazas por parte de las autoridades locales, abrían las iglesias para el culto semanal, para la empobrecida catequesis y se esmeraban en su limpieza y cuidado; querían, protegían y defendían la Iglesia y todo lo que con ella se relacionaba como algo que les pertenecía. *La Iglesia era su Iglesia.*

Aquellos eran los años en que celebraban la Navidad, la Pascua de Resurrección o la fiesta patronal, 15 ó 20 personas en un pueblo de 10 mil habitantes, pero recuerdo que el templo y los ornamentos relucían de limpios; en los adornos, confeccionados con desechos, brillaba el buen gusto de lo que se hacía con amor, y los *brindis*, palabra asociada al verbo *brindar*, se preparaban con el aporte de todos; nada se compraba y todo alcanzaba, y aquellas personas en sus casas nos daban de comer a los sacerdotes compartiendo lo poco que tenían.

Detrás de estas acciones pequeñas y audaces, pobres y a la vez enriquecedoras, frecuentemente sacrificadas pero siempre generosas, estaban las mismas personas mayores antes mencionadas con su presencia, incidencia y acción.